

PQ 2227

843  
D.

.F3

SG

v. 2



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

LA

## HIJA DEL REGENTE

---

XIX

En que se da cuenta de lo que pasaba en la casa de la calle del Bac, mientras se aguardaba en ella á Gastón

— ¡Cómo, monseñor, estáis ya aquí ! exclamó Dubois, entrando en la casa de la calle del Bac, y encontrando al regente en el mismo salón que el día antes.

— Sí, aquí estoy, dijo el regente, ¿ qué hay en eso de particular ? ¿ no tengo á las once una cita con el caballero ?...

— Creía que la orden que vuestra alteza ha firmado esta mañana ponía fin á todas las conferencias.

— Te engañas, Dubois : he querido tener la

última con ese pobre joven, por ver si puedo decirle á que renuncie á su proyecto.

— ¿Y si renuncia?

— Si renuncia no habrá nada de lo dicho; no habiendo conspiración, no hay conspirador, y las intenciones no se castigan.

— Si se tratara de otro, me opondría á ese designio de vuestra alteza, pero con éste no hallo inconveniente en que lo ponga en práctica.

— ¿Crees que seguirá adelante con su pensamiento?

— ¡Oh! no tengo sobre ello la menor duda: una pregunta sola voy á haceros, monseñor; cuando se haya negado rotundamente á renunciar á su plan, cuando os halléis del todo convencido de que persiste en su proyecto de asesinaros del mejor modo que pueda, entonces me lo entregaréis, ¿no es esto?

— Sí; pero no aquí.

— ¿Y por qué no aquí?

— Me parece mejor prenderle en su posada.

— ¿Allá abajo, en *Los Toneles de Amor*, por medio de mi gente y de la de Argensón? Eso es imposible, monseñor; está muy reciente el recuerdo del escándalo que se armó cuando la prisión de Borgoña: ayer todo el barrio se hallaba en conmoción; y desde que Tapin ha aprendido á medir bien, no respondo de que se crea en el ataque apoplético de su predecesor. Mejor es prenderle al salir de

aquí, la casa está aislada y no es de mala nota; me parece que os he dicho que la habitaba una de mis damas: cuatro hombres podrán apoderarse de él con facilidad, los cuales están ya apostados en ese aposento: voy á variar la orden, puesto que queréis verle: en vez de prenderle al entrar, le prenderán al salir. Á la puerta habrá otro carruaje distinto del que le haya traído, y en él irá á la Bastilla; de esta manera el cochero con quien venga ignorará lo que ha sido de él, y esto, á excepción de nosotros dos, nadie lo sabrá más que Delaunay, que es sumamente discreto y del cual respondo.

— Haz lo que quieras.

— Ya sabéis, monseñor, que esa es mi costumbre.

— ¡Picaro!

— Pero me parece que mis picardias no son perjudiciales á vuestra alteza.

— ¡Oh! ya sé que siempre tienes razón.

— Mas, ¿y los otros?

— ¿Qué otros?

— Los demás bretones; Pontcalec, de Couëdic, Talhoët y Montlouis.

— ¡Oh! ¡infelices! ¿sabes sus nombres?

— ¿Pues en qué se figura vuestra alteza que he gastado el tiempo en la posada de *Los Toneles de Amor*?

— Sabrán la prisión de su cómplice.

— ¿Por medio de quién?

— Viendo que no les escriben de Paris, sospecharán algo.

— ¿Y no está ahí el capitán la Jonquiere para tranquilizarles?

— Es verdad, pero deben conocer la letra.

— Vamos, vamos, no lo hacéis del todo mal, monseñor; empezáis á formaros; pero al mismo tiempo os tomáis *inútiles cuidados*, como dice Racine, porque á estas horas esos señores de Bretaña deben estar presos.

— ¿Y quién ha expedido la orden?

— Vuestro más humilde servidor: ¿para qué soy ministro? Además vuestra alteza la ha firmado.

— ¡Yo! ¿estás loco?

— Aquéllos no son seguramente menos culpables que éste, y autorizándome vuestra alteza para prender á uno, me ha autorizado para hacer lo mismo con los demás.

— ¿Y cuándo ha marchado el portador de esa orden?

Dubois sacó su reloj.

— Hace tres horas justas; de modo que fué una licencia poética la que me permití al decir á vuestra alteza que debían estar presos ya; no lo estarán hasta mañana.

— La Bretaña lo llevará á mal, Dubois.

— Tengo tomadas mis medidas para ese caso.

— Los tribunales bretones no querrán juzgar á sus compatriotas.

— Eso está previsto.

— Y si son condenados á muerte, no se hallará verdugo que ejecute la sentencia, y tendremos una segunda edición del asunto de Chalais, y en Nantes fué donde tuvo lugar aquel acontecimiento, Dubois, no lo olvidéis: los bretones son difíciles de manejar.

— Serán difíciles de matar, monseñor; pero ese es negocio que arreglarán los comisarios, cuyos nombres traigo en esta lista: además enviaré tres ó cuatro verdugos de Paris, personas prácticas en su noble ejercicio, y que han conservado las buenas tradiciones del cardenal Richelieu.

— ¡Diablo! ¡diablo! ¡sangre durante mi regencia! no me gusta eso; pase que se derramara la del conde Horn, que era un ladrón, y la de Duchaufourd, que era un infame; pero nada más: ya sabes que soy sensible, Dubois.

— No, monseñor, no sois sensible, sino indeciso y débil; ya os lo manifestaba cuando erais mi discípulo, y os lo repito ahora que sois mi señor: cuando os bautizaron, las hadas vuestras madrimas os adornaron de todos las dotes naturales: fuerza, belleza, valor y talento: una sola que no habia sido convidada porque era vieja (entonces ya se adivinaba que tendríais horror á las viejas), llegó la última y os dió la clemencia excesiva, esa lo echó á perder todo.

— ¿Quién te ha relatado esa conseja, Perrault ó Saint-Simón?

— Vuestra madre la princesa Palatina.

El regente se echo á reír; luego dijo:

— ¿Y á quién nombraremos para semejante comisión?

— Tranquilizaos, monseñor; se nombrarán personas ilustradas y de resolución, poco provincianas, poco sensibles á las escenas de familia, envejecidas entre el polvo de los tribunales, bien acartonadas, con buenos espolones, á quienes los bretones no infundirán miedo con sus siniestras miradas, ni las bretonas seducirán con sus bellos ojos.

El regente no respondía y se contentaba con mover desdeñosamente la cabeza, y mudar los pies de una parte á otra.

— Además, continuó Dubois, observando aquellas señales de muda oposición, acaso no sean hombres tan culpables como los suponemos. ¿Qué plan es el suyo? Resumamos los hechos. ¡Bah! ¡tontearías! ¡Traer otra vez los Españoles á Francia! ¿qué es eso? ¡Una bicoca! Dar el título de rey á Felipe V, que ha renunciado á su patria; quebrantar todas las leyes del Estado... ¡Pobres bretones!

— Muy bien, dijo el regente con altivez; yo sé la ley del Estado tan bien como vos.

— Entonces, monseñor, si es así, no falta ya más sino que aprobéis el nombramiento de los comisarios que he elegido.

— ¿Cuántos son?

— Doce.

— ¿Y se llaman?

— Mabroul, Bertin, Barillon, Parissot, Brunet-d'Arcy, Pagon, Feideau-de-Brou, Madorge, Heberde-Buc, Saint-Aubin, de Beaussan, y Aubry de Valton.

— ¡Ah! ¡ah! tenías razón; la elección no puede ser más feliz. ¿Y qué presidente darás á esa amable asamblea?

— Acertadlo, monseñor.

— Mira que necesitas un hombre sumamente honrado para ponerlo á la cabeza de tales piratas.

— Tengo uno de los mejores.

— ¿Cuál?

— El nombre de un embajador.

— ¿Cellamare tal vez?

— Creo que si vuestra alteza le dejase salir de Blois, nada nos negaría, aunque le pidiésemos que hiciera cortar las cabezas á sus propios cómplices.

— Bien está en Blois. Veamos ¿quién es ese presidente?

— Chateau-Neuf.

— ¡El embajador de Holanda, el hombre del gran rey! Pardiez, Dubois, por lo común no te dirijo muchos cumplimientos, pero esta vez mereces que te diga que has hecho una obra maestra.

— Ya me entiende vuestra alteza. Chateau-Neuf sabe que esos hombres quieren proclamar la república, y él, que ésta acostumbrado á no conocer más que sultanes, y que tiene horror á la Holanda

por el odio que inspiraban á Luis XIV todas las repúblicas, ha aceptado de muy buena gana el nombramiento; tendremos por procurador general á Agram, que es hombre determinado; Cayet será nuestro secretario; y vamos á poner pronto manos á la obra porque la cosa urge, monseñor.

— Pero, Dubois, ¿después estaremos al menos tranquilos?

— Así lo creo; no tendremos que hacer más que dormir desde la mañana á la noche, y vice-versa, se entiende, cuando hayamos acabado la guerra de España, y verificado la reducción de los billetes de la caja; mas para esta última operación, vuestro amigo Law os ayudará: la reducción es su caballo de batalla.

— ¡Qué molestias! ¡Dios mío! ¿Dónde tenía yo la cabeza cuando ambicionaba la regencia? Ahora podría estarme riendo muy bien al ver al señor de Maine desenredarse de los jesuitas y de los Españoles; la Maintenón ocupándose de política con Villeroy, y Villers nos acabaría de quitar tristeza, pues Humbert dice que es muy bueno reír tres veces al día.

— A propósito de la Maintenón, repuso Dubois, ¿sabe vuestra alteza que circula la noticia de que está muy mala, y que no durará quince días?

— ¡Bah!

— Desde la prisión de madama de Maine y el destierro de su esposo, dice que verdaderamente ha

muerto el rey Luis XIV, y se va llorando á reunirse con él.

— Lo cual á ti, que tienes el corazón de hiena, no te da gran cuidado; ¿no es verdad?

— Monseñor, confieso sinceramente que la detesto; ella es la que inspiró al difunto rey su odio contra mí, cuando le pedí el capelo con motivo de vuestro casamiento; de modo que si no estuviésemos ahí para reparar los agravios del difunto, hubiera perdido mi carrera por su causa: por esto, si yo hubiese podido complicar á su marido en nuestro negocio de Bretaña... Pero, á fe mía, es imposible; el pobre hombre está medio loco de miedo; tanto que á todo el que ve le dice; ¿sabéis que han querido conspirar contra el gobierno del rey, y contra la persona del regente?..... ¡Es vergonzoso para la Francia!... ¡Ah! ¡si todos fueran como yo!

— No se conspiraría, replicó el regente; la cosa es clara.

— Ha renegado de su mujer, añadió Dubois riéndose.

— Y ella ha renegado de su marido, repuso el regente riéndose también.

— Me guardaré muy bien de aconsejar á vuestra alteza que se les ponga juntos en una prisión, porque se arañarían.

— Por eso he enviado al uno á Doullens y al otro á Dijón.

— Desde donde se muerden por escrito,

— Vaya, dejemos eso, Dubois.

— Sí, para que concluyan de matarse uno á otro. ¡Ah! monseñor, sois verdaderamente un verdugo, y bien se ve que habéis jurado la pérdida de la sangre de Luis XIV.

Esta atrevida chanza probaba cuán seguro estaba Dubois de su ascendiente sobre el príncipe; porque si cualquier otro se la hubiera permitido, habría producido una nube más negra que la que por un instante pasó por la frente del duque.

Dubois presentó el decreto nombrando el tribunal, y esta vez Felipe de Orleans firmó sin titubear; y el abate gozoso en el fondo de su alma, aunque tranquilo en apariencia, salió con el fin de disponerlo todo para la prisión del caballero.

Mas ya que hemos hablado de Gastón, vamos á ver lo que habia sido de él.

Al salir de la casa del arrabal, se hizo conducir á la taberna de *Los Toneles de Amor*, en donde ya recordará el lector que debía aguardarle un carruaje para llevarle á la calle del Bac. En efecto, no sólo le estaba esperando el coche, sino también el mismo guía del día anterior. Gastón, que no queria hacer bajar á Elena, preguntó si le seria permitido continuar su camino en el coche en que iba; el hombre misterioso respondió que no habia inconveniente, y subió al asiento del cochero, al cual dió las señas de la casa donde debía detenerse.

Durante el camino, Gastón, temeroso y con el corazón oprimido, habia mostrado á Elena, en vez del valor que esperaba hallar en él, una tristeza extraordinaria, de la cual no habia querido explicar la causa. Así, en el momento de entrar en la calle del Bac, desesperada de hallar tan débil apoyo en aquel de quien todo hubiera debido esperarlo, le dijo:

— ¡Oh! es temible tener que haceros confianzas.

— Ya veréis antes de mucho, repuso Gastón, si miro por vos.

El coche se detuvo.

— Elena, dijo Gastón, en esta casa está el que os ha de servir de padre; permitid que suba yo primero para anunciarle vuestra visita.

— ¡Oh Dios mio! exclamó Elena, estremeciéndose involuntariamente sin saber porqué; ¿vais á dejarme sola aquí?

— Nada tenéis que temer, Elena; además, dentro de un instante volveré á buscaros.

La joven le tendió una mano que Gastón llevó á los labios; él mismo se sentia agitado por una turbación cuya causa desconocia, pareciéndole que no debia dejar allí á Elena; pero en aquel momento se abrió la puerta de la calle y el hombre que iba en el asiento del cochero mandó á éste que entrase; la puerta volvió á cerrarse tras el carruaje, y Gastón vió que en aquel patio rodeado de altas paredes no corria Elena ningún peligro; por otra parte

ya era imposible retroceder. El individuo que había ido á buscarle á *Los Toneles de Amor* abrió la portezuela, el caballero estrechó por última vez la mano de su amiga, saltó del carruaje, subió los escalones del vestibulo, y siguió á su guía que le introdujo en el mismo corredor en que había entrado la vispera; en seguida, el guía le señaló la puerta del salón y se retiró diciéndole que podía llamar.

Gastón, que sabía que Elena le esperaba y que por lo tanto no tenía tiempo que perder, llamó al instante.

— Entrad, dijo el supuesto enviado español.

Gastón obedeció, abrió la puerta y se halló en presencia del jefe del complot; pero esta vez no se llegó á él con la timidez que el primer día, sino con la cabeza erguida y la frente serena.

— Sois exacto, caballero, dijo el fingido duque de Olivares: nos citamos á las once, y en este momento están dando.

En efecto, la campana de un reloj colocado sobre la chimenea delante de la cual se hallaba el regente, sonó once veces.

— Es que tengo prisa, señor duque, contestó Gastón; la comisión de que estoy encargado me abruma; temo me asalten los remordimientos; esto os admira, monseñor: pero tranquilizaos, los remordimientos de un hombre como yo no pueden atormentar más que á mi mismo.

— ¡ De veras, caballero ! exclamó el regente con acento de júbilo apenas reprimido; me parece que pensáis en retroceder.

— Os equivocáis, monseñor; desde que la suerte me designó para matar al príncipe, siempre he marchado adelante, y no me detendré hasta que vea mi misión cumplida.

— Sin embargo, he creído notar alguna turbación en vuestras palabras, y éstas tienen un gran valor en ciertos labios y en ciertas circunstancias.

— Monseñor, en Bretaña se acostumbra á decir lo que se siente, pero también se hace lo que se dice

— ¿ Con que según eso estáis enteramente decidido ?

— Más que nunca.

— Es que todavía sería tiempo, repuso el regente; el mal aun no está hecho, y...

— ¡ Y V. E. lo llama mal ! exclamó Gastón con melancólica sonrisa; entonces, ¿ cómo lo deberé llamar yo ?

— Así es como yo lo comprendo, repuso con viveza el regente; el mal es para vos, pues que tenéis remordimientos.

— No es generoso, monseñor, confundirme con esa confianza; porqué á un hombre de menos mérito que V. E. jamás se la hubiera hecho.

— Y yo, caballero, justamente también porque os aprecio en todo lo que valéis, os digo que aun

es tiempo de deteneros ; os pregunto si habéis hecho ya todas vuestras reflexiones, si os arrepentís de hallaros mezclado en éstas... El duque vaciló un instante, y después añadió : En estas atrevidas empresas no temáis nada de mí, yo os protegeré, aunque nos abandonéis. No os he visto más que una vez, caballero, pero creo que os juzgo como merecéis ; los hombres de noble corazón son tan raros, que tendré un gran sentimiento...

— Monseñor, tanta bondad me confunde, interrumpió Gastón, á quien un sentimiento de indecisión imperceptible agitaba su alma á pesar de los esfuerzos de su valor ; yo no vacilo, pero mis reflexiones son las de un duelista que va al sitio del desafío decidido á matar á su enemigo, sin dejar por eso de lamentar la necesidad fatal que le obliga á cometer un homicidio.

Gastón hizo una breve pausa, durante la cual la mirada ardiente de su interlocutor penetró hasta lo más profundo de su alma, buscando aquel vestigio de debilidad que pensaba hallar en ella ; después continuó :

— Monseñor, aquí, no obstante, el interés es de tal magnitud, y tan superior á todas las debilidades de nuestra naturaleza, que voy á obedecer no á mis convicciones y á mi amistad, sino á mis simpatías, conduciéndome de modo que V. E. apreciará en mí hasta la sensación de momentánea fragilidad que ha detenido mi brazo durante un segundo.

— Muy bien, dijo el regente; pero, ¿ cómo vais á componeros ?

— Esperaré hasta que encuentre al regente cara á cara, y entonces no me serviré del arcabuz como Poltrot, ni de la pistola como Vitry, sino que le diré : « Señor, V. A. hace la desgracia de la Francia, y le sacrifico por la felicidad de la misma. » Después de lo cual le daré de puñaladas.

— Como hizo Ravaillac, replicó el duque sin pestañear, y con una serenidad que heló la sangre en las venas del joven ; muy bien.

Gastón bajó la cabeza sin responder.

— Ese proyecto me parece el más seguro, continuó el duque, y le apruebo. Sin embargo, debo haceros la última pregunta : ¿ Si os prenden y os interrogan ?...

— V. E. sabe lo que sucede en tales casos : se muere, pero no se responde ; y puesto que vos, monseñor, me acabáis de citar á Ravaillac, esto es, si no recuerdo mal, lo que aquél hizo, á pesar de no ser noble.

La altivez de Gastón no disgustó al regente, el cual conservaba las ilusiones juveniles del corazón y las ideas caballerescas de la mente ; por otra parte, acostumbrado al trato de los hombres adaladores y malvados á quienes veía todos los días, aquella naturaleza sencilla y vigorosa de Gastón era una novedad para él, y la novedad era lo que más le agradaba en todo.

Reflexionó pues, y como si aun no se hubiese decidido y tratase todavía de ganar tiempo, dijo:

— Por consiguiente, ¿ puedo contar con vuestra firmeza ?

Gastón pareció admirado de que su interlocutor volviese á preguntarle lo mismo que antes: el regente advirtió esta sensación en su rostro, y añadió con el mismo tono:

— Sí, ya veo que estáis decidido.

— Del todo, y espero las últimas instrucciones de V. E.

— ¿ Mis últimas instrucciones ?

— Sin duda: vos, monseñor, todavía no os habéis comprometido conmigo en nada, mientras que yo me he puesto desde luego á vuestra disposición en cuerpo y alma.

El duque se levantó.

— Perfectamente, dijo: ya que es indispensable que esta entrevista tenga algún resultado, vais á salir por esta puerta y atravesar el jardín que rodea la casa. En un coche que os espera á la puerta hallaréis á mi secretario, el cual os entregará un pase para que podáis presentaros al regente; además, mi palabra os servirá de garantía.

— Eso es todo lo que tenía que pedir á V. E. sobre ese punto, repuso Gastón.

— ¿ Tenéis alguna otra cosa que decirme ?

— Sí, monseñor; antes de despedirme de vos, á quien tal vez no tendré ya ocasión de ver en

este mundo, es preciso que os pida una gracia.

— ¿Cuál, caballero? respondió el duque; decid, que os escucho.

— Monseñor, no os admiréis de que haya vacilado un momento, porque no se trata de un servicio vulgar ó de un favor personal. Gastón de Chanlay no necesita más que un puñal, y ese está aquí; pero al sacrificar su cuerpo, no querría sacrificar su alma; la mía, monseñor, es de Dios en primer lugar, y después de una joven á quien amo con idolatría. ¡ Triste amor que ha crecido al lado de una tumba! ¿ no es verdad? Abandonar esta joven tan cándida y pura, sería ofender á Dios de una manera insensata; porque veo que á veces nos envía pruebas crueles, y permite que sufran aun esos mismos ángeles que han venido á la tierra para consolarnos. He amado, pues, en el mundo á una mujer adorada, á quien mi cariño sostenía y protegía contra lazos infames; y si yo muero ó desaparezco, ¿ qué será de ella? Nuestras cabezas caerán, monseñor, porque no somos más que unos pobres hidalgos; pero vos sois un poderoso, sostenido además por un rey muy poderoso también, y venceréis la mala fortuna. Pues bien, quiero poner en vuestras manos este querido tesoro. Vos trasladaréis á mi amiga toda la protección que me debéis como asociado y como cómplice.

— Sí, os lo prometo, respondió el regente profundamente conmovido.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

No. 1625 MONTERREY, MEXICO